



NACIMIENTO LÍRICO

José Heredia Maya

No se nace a la poesía de golpe y porrazo, como se nace niño bebesito, hoy me doy cuenta. Se nace lentamente a lo largo de mucho tiempo, tras multitud de tropezones. Son, suelen ser, peliagudas las dificultades del entorno familiar. Las dificultades sociales, académicas, amorosas también tienen su aquel. ¿Quién desea, así, sin más, tener un hijo poeta, o hija poetisa?

No pretendo pronunciar sobre problemas lingüísticos; “maestros tiene la iglesia”, se decía antes con facilidad conventual, evasiva, inteligente y rutinaria. ¿El empleo de la palabra poeta/poetisa sobrevenía referido a hombre/mujer? Naturalmente. Ya teníamos a Elena Martín Vivaldi, la voz más personal, nostálgica y triste de la poesía femenina andaluza. Dividía Juan Ramón Jiménez, el nacido en Moguer, el autor del *Platero y yo* y premio Nobel del año 1956, según me contó Jorge Guillén en el año 1973 en el Paseo Marítimo de Málaga donde vivía, a los poetas en “andaluces y no poetas”. El primer Nobel español, recuerden, fue el ingeniero de caminos y autor de teatro poético Echegaray, después sería agasajado con el mismo premio el también dramaturgo Jacinto Benavente y en tercer lugar, Juan Ramón Jiménez, este último nombre se suele completar con el de Cenobia Camprubí, su mujer, que se preocupaba de todo lo referido al genio de su marido ¹. En aquella época de ignorancia generalizada, ella era culta y sabía inglés, lo que facilitaba la traducción y la lectura de los miembros que habían de votar el

Nobel en la Academia Sueca. Después vendría otro poeta, Vicente Aleixandre, y finalmente ha obtenido el apreciado galardón el prosista gallego Camilo José Cela.

El horóscopo periodístico, el que se inventa el redactor jefe cada noche de cierre, el que distribuye a cada uno en piscis, capricornio, acuario, géminis, el que determina el 11 de noviembre del año 1972, o el 17 de junio, dos años después, como la fecha que va a figurar en los papeles de hijos y herederos, no sirve para jugar al nacimiento lírico. Sí para sacarte el carné de conducir; también a la hora de votar, que ha crecido en el bolsillo, flor y margarita, apenas sin darse uno cuenta, el poder democrático. Pero la contundencia cronológica del horóscopo no vale para determinar el alumbramiento en el campo de la lírica.

Nacer a la poesía en una dictadura, tras una guerra, parece descabellado y, desde luego, quién lo duda, muy poco útil. Durante aquel tiempo detenido y huraño, mezquino con el oxígeno de la libertad, anduvimos haciendo cosas, cerca de la acción, naciendo a realidades nuevas, tras las maravillosas y aún recientes de la infancia.

Nací a la poesía cuando el presidente de EEUU anduvo a la gresca con el líder de la antigua URSS por el conflicto amedrentador de los barcos rusos navegando hacia la isla de

¹ La periodista y escritora Rosa Montero tiene un libro en el que, basado en testimonios de la propia Cenobia, habla de la relación agobiante y depredadora, exigida por el “andaluz universal”.

Cuba. Hoy sé los nombres de los líderes con-
tendientes, entonces no los sabía. Estaba
naciendo, con los ojos cerrados; no recuerdo
si el cordón umbilical, el ombligo, me lo había
puesto la partera, escueta en ungüentos, medi-
cinas y cremas, ya en su sitio donde a partir de
entonces llevo un precioso *piercing* no oxida-
do, tampoco rutilante, de juventud.

El carné de identidad me lo dieron (“Aunque
sea reciente mi carné / yo nací hace milenios”
decía yo en un poema, arranque del libro de
aquel tiempo, *Penar ocono*) antes de que me
correspondiera. La policía, los grises de enton-
ces, llegó al pueblo desde Motril; tenía que
rentabilizar su desplazamiento incluyendo a
los que, incluso, no llegaran a la romana legal
obligatoria, a los que no tuviesen la edad exi-
gida, pues: “¡Se les hace el carné, por lo que
pueda pasar!” Con tal de que haya (el agota-
miento era el límite) material técnico; no resul-
ta difícil colegir que el gris llegado de la costa,
me producía malestar, igual que se lo producía
a mis compañeros del pueblo.

Cuando mi padre me regaló un diccionario
me enamoré del libro extenso en significados;
me sentí feliz de tener entre mis manos aque-
lla prenda procedente de la “Librería Estudios”
de la calle Mesones de Granada. ¡Y pude
paliar la tristeza invasora de la España fran-
quista! Dar sentido a la búsqueda en espera de
encontrar fórmula adecuada para expresarla
exige una dedicación sin desfallecimiento.

Nací a la poesía inquiriendo por la soledad,
sentimiento lleno de sorpresa más que de indi-
vidualidad. No se está solo por ausencia de
compañía, sino porque falta conciencia de
estar unido (sentimiento político). La afectivi-
dad nace de las conexiones establecidas con
otras personas acordes en la emoción, en la
percepción, en las sutilezas, ¡qué sabe nadie
de estas cosas! En un poema de *Penar ocono*
decía:

CON LA TOS ABORTADA EN LA GARGANTA
y magnolias de azufre en las orejas
enronquecido y sordo

te pregunto
y me pregunto:

“¿Tendrá la soledad también su límite?

-¡Quién sabe!-

¿En el confín de la memoria?

¿Donde el mar es un cúmulo de gotas

que caben

que coexisten

que se amoldan

en la llanura, palma de las manos?

¿Dónde la tierra cómplice de pájaros

remeda

esta tu sed la mía

con tonos tan amplios

tan agudos

tan histéricos

como la soledad que arrastras

que arrastro

que mientes

y que miento?

Dime:

¿Tendrá la soledad también su límite?

¿Será su límite el abismo?

Será su límite el abismo cruel,

informe

sedentario ombligo

por donde alienta el asco, el miedo

El llanto

como preludio de la muerte y de la nada?²

² José Heredia Maya, *Penar ocono*, Librería del
Guadalhorce, Málaga, 1973. Tenía esta edición unas pala-
bras de epílogo firmadas por Rafael Pérez Estrada, en
Alejandría. En la segunda edición, ocurrida en 1974, en la
colección Monográfica de la Universidad de Granada, el
espacio del epílogo lo volvió a ocupar Rafael Pérez-
Estrada en el que recogía la admiración despertada por el
libro.

Este poema primerizo fue muy celebrado por su vinculación espontánea a la vanguardia y por la brega de la emoción existencialista en manos de un chava en el suburbio aquel. Se va naciendo a la poesía con desgarro y desconocimiento, con esfuerzo grande, titánico. En mi caso y en mi tiempo se nacía con la loza de la Guerra Civil de 1936 sobre los hombros, tanto como sobre las alas de la libertad. La conciencia determinaba una constelación de sugerencias paralizante. El poema continuaba:

*¿Quién conoce mi atavismo milenario?
cómo me nace*

*a empellones
el indeleble ritmo de sangre masticada.
Cómo remanso el grito
a punta de sarcasmo a punta
de luz que os debo
de luz que se me acaba
de luz que ya no tengo.*

*Cómo inmensas llanuras de alfileres
prenden bajo la angustia
el perfil
de este momento en que atravieso solo
sin pies ni manos ni cintura
la lobezna palabra con que os hablo
y os pregunto
con la tos abortada en la garganta
y magnolias de azufre en las orejas:*

La circularidad, como se observa, hay que referirla a una especie de seguridad orgullosa a la hora de tomar las curvas del acontecer, del viraje previsto exactamente. Hace falta estar muy seguro, casi orgullosamente seguro, de que los palieres y la suspensión de las ideas van a responder al extremo de acabar como de manera natural empezaste. La ciclicidad infinita y recurrente de la emoción dota al poema así conseguido de un poder comunicativo

inenerrable. Yo, cuando escribí el poema, no sabía nada de esto que ahora digo, pero, por lo mismo, me produjo, como es natural y obligado deducir, un profundo interés y excitación; sólo el hecho de su posibilidad y su descubrimiento comprobado y tangible constituía un alborozo, un rumoroso zureo de palomos por la sangre que se me debía de notar en la brillantez de los ojos.

También responde a modas literarias esta manera de circular. Una vez inventado un recurso, si se propaga con rapidez, en sus comienzos siempre se pone de moda, luego se convierte en un recurso retórico. El poema citado, recrea la sorpresa del hallazgo, como ya he dicho, nada menos y nada más. Las modas son cómodas, pues añaden seguridad al funcionamiento de algo; no obligan más que a seguirlas, pero exigen vigor para defenderlas, para expandirlas e imponerlas cual parte del canon.

El desamparo conduce con paso incierto, pero no tan dubitativo, hasta la emoción existencialista, común y compartida en el siglo XX y sus sangrientas, tumultuosas y viles guerras mundiales. En esa angustia nací, sin saberlo, a la poesía. Nací, cómo decirlo llanamente, en pleno campo, cabaña, choza del existencialismo francés de Sartre (al que conocí en París en los años 70) junto al túmulo de la muerte en accidente de coche de Albert Camus, pero también bajo la presión de *El zapato de raso* de Paul Claudel o del sentimiento de François Mauriac.

La *Antología de la poesía social* debida al poeta cordobés Leopoldo de Luis y la suscripción a la revista "Poesía Española" me abocaron, en 1965, a la plaza redonda, a la necesidad circular, de conocer y relacionarme con poetas, unos muy jóvenes y otros no tanto: vivos y coleando todos, con voz y figura de artistas; hoy hay mucho creador vergonzante, lo que poco tiene que ver con la exhibición impúdica

de la sinceridad necesaria y así asumida por algunos creadores irredentos e irreductibles.

Nací a la poesía a la vez que a la perplejidad, callado. Nada, muy poco, se conformaba al sentimiento intelectual donde yo vivía solo; mientras crecía con lenta y normalizada inevitabilidad, también iba naciendo a la poesía con dificultad larga y sollozante.

El pensamiento formulado a partir de la afectividad caracteriza, creo, la línea que se inicia con la obra de Kant (con la de Descartes, si se quiere, también se puede intentar el inicio, pues la Historia es, si los historiadores me permiten decirlo, una construcción, un juego, una interpretación bien conseguida) continuar con Hegel, Nietzsche, Unamuno y Russell, en la filiación suave (tras decenas de millones de personas muertas) en que finalmente se produjo. También se puede partir de Kant, o de Descartes si se sigue prefiriendo, para pasando por Hegel, llegar a Gobineau, Renan, Rosemberg, Hitler, y establecer una derivación sangrienta en extremo, derrotada finalmente.

En fin, me considero naciendo a la poesía desde que Don Manuel Rodríguez Padial, mi maestro de escuela, guardaba (archivaba a su manera) aquellas redacciones escolares que yo escribía alegremente (lo supe por mis amigos, sus hijos, Manuel y Paco) sin la responsabilidad de saber, o sea, exactamente, como ahora no me ocurre casi nunca; desde que Don Juan Medina Barea se complacía con mi compañía literaria y musical durante un par de horas a la semana, horas en que nos leíamos los poemas escritos durante los días en que él para mí sólo era el cura y yo para él, sospecho, sólo un crío adolescente. Desde que maestro y cura, con delicadeza algodónada y tacto sumo, mostraron preferencia por mis palabras, supe para qué trabajar, para quién escribir. Me sentía escritor gozoso, poeta con el mejor público, además expectante. Ahí es nada.

Nací a la poesía en el Internado de Maestros de las Escuelas del Ave María de la Cuesta del Chapiz, la que accede al Albayzín, cuando nada más llegar fundé la revista a ciclostil titulada "Porque sí" donde publiqué una prosa con Miguel Hernández y sus versos como protagonistas de mi escritura. Mi caro y demostrado amigo, Antonio Fernández López, maestro insigne, guarda aquellos ejemplares como oro en paño. No es para menos. Los textos de Antonio, confieso, son de los más reveladores de la revista.

La poesía, mientras se dilataba mi nacimiento a ella, se envolvía en una banda sonora compuesta con las notas de los vientos en tiempo de quebrados atardeceres, violentos por el poniente; también con los Beatles ingleses y los andalusíes, Checara y Tensamany de Tetuán y de Tánger, respectivamente, sonando, pero, cómo no, con Jimmy Hendrix, Janis Joplin y Ray Charles. El sollozo largo por la libertad herrumbrosa, además de escasa, cabalgaba en las voces de Juan Talega, Manolo Caracol, Antonio Mairena, Pastora y Tomás Pavón, Mojama, Joselero, Fosforito, acompañados por las guitarras de Diego "El del Gaster", "Melchor de Marchena", Juan "El Habichuela", "Niño Ricardo" y otros. No me gustaba nada la voz de falsete del paisano de Manuel Torres, el muy mentado don Antonio Chacón, cantautor mítico y empresario. Y el maestro de maestros, Pepe Marchena, me sonrojaba de vergüenza; me molestaba su voz meliflua y pava con bisbiseos llenos de curvas y de cintillos tonales fatigosos, pero carente de expresión emocionante.

Yo nací a la poesía, como se ve, hace milenios, pero aquello duró muy poco; por eso debo contarle antes de que se me olvide, o se me borre por completo, como si hubiera sufrido la rasadura de un ciclón.

Parece evidente, por lo que llevo dicho, que mi nacimiento al fenómeno de la comunica-

ción estética tuvo lugar durante la década de los sesenta y, quizás, en los primeros setenta. Hubo un año bueno para la cosecha poética granadina, me refiero a 1968. Yo di a la imprenta, a la luz, mis primeros poemas. *Tragaluz* y *Poesía 70* dos revistas que se empezaron a publicar aquel bendito año, acogieron las virginales aportaciones de mi iniciación; esto ocurría a miles de kilómetros de París, donde tenía lugar la revuelta del Mayo Francés de 1968, separados de la teología de la liberación por el océano Atlántico, pero sólo a un palmo sentimental de los últimos derrapes vanguardistas y de los curas obreros característicos del Concilio Vaticano II.

En el primer número de *Tragaluz*,³ revista dirigida por los actuales catedráticos Álvaro Salvador y Antonio García Rodríguez, publiqué un liberador desahogo, empezaba:

*Hoy siento asco
como sólo pueden sentirlo
los acosados desde siglos.*

*Hoy siento
asco
mondo
y
lirondo
asco
en lo más hondo
del fondo.*

Más o menos, así continuaba el poema, en tono acusativo; impresionó a los lectores, escasos, que había por entonces. ¿Hoy sería valorado de igual manera por los que tienen que organizar el entramado cultural de oficio? Hablo, estoy hablando, de los poetas oficiales de dentro y de los poetas oficiales que se quedan fuera, desamparados, a la intemperie. A estos dos grupos, no puedo evitarlo, los veo

con la misma actitud. A unos le dan “comía” y a otros menos, pero juegan a lo mismo, al mismo escabroso y dependiente acontecer.

El tono acusativo del poema publicado en *Tragaluz* era similar al publicado en la revista que dirigía Juan de Loxa; con Claudio Sánchez Muros al cuidado de la publicación, fue sorpresa y gloria para los fetichistas de ediciones esmeradas. De la cercana Málaga, Claudio, mientras anduvo por aquellas tierras, aprendió mucho; la excitación de la luz costera de la *Ciudad del paraíso*, que es el título de un libro de poemas con que Vicente Aleixandre se refiere a la ciudad de sus años juveniles (nació en Sevilla, pero se crió en la ciudad costera) le permitió avanzar y desarrollar su talento inmenso. El texto (el segundo mío publicado) de *Poesía 70* se integró después en mi primer libro de versos, *Penar ocono*⁴, y fue cantado por un grupo musical excelente: Aguaviva; decía:

Ah, tierra tierra pon tu cuerpo a tierra
tierra tierra gitano tierra comba
paraíso gitano luna siembra
siembra siembra gitano siembra sombra.

Ah tierra pon tu cuerpo a tierra muerta
muerta gitano la esperanza muerta
gitano la esperanza muerta muerta
y la esperanza muerta muerta muerta.

Ah pon tu cuerpo a tierra tierra tierra
y siembra siembra siembra siembra siembra-
te en el cuenco del ojo tierra tierra

³ Existe y existía una obra de teatro de Buero Vallejo con el mismo título. Hoy en Granada, en el barrio del Realejo, también podemos tomarnos una cerveza en un bar del mismo nombre.

⁴ *Penar ocono* en Málaga y en la Universidad más la edición no venal de 1992.

en la limosna de las manos tierra
 en la lengua el escupitajo ¡escúpeles
 con asco el asco de tu tierra! MUERTA⁵

Fue bandera promocional del disco titulado “¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?”, verso del extraordinario poeta del Puerto de Santa María, Rafael Alberti, que cantaba en la Argentina solitario. Soneto raro, endecasílabos arrastrados musicalmente.⁶

Y a tropezones fui cayendo, cada día más, al pozo insondable de la creación; comencé a hacer (con otra problemática y complejidad) aquello que supe con siete años, un fognazo rápido y poco consciente. Esperen y les cuento cómo fue.

El educador de la cárcel provincial de Granada, radicada en los límites del término de Albolote, me llamó, respetuoso en extremo; verdad que había sido alumno mío en las aulas de la Normal, convertida en Escuela Universitaria. Con extremada cautela, por si salía con cajas destempladas, me proponía que leyera una antología de mis poemas en una semana cultural que estaba organizando, o qué sé yo. Acepté encantado.

Víctor entendió que convenía completar el acto con unos cantes de Antonio “El Agujeta”, que compartía casa con el guitarrista Alberto San Miguel, que en el año 2000 andaba por aquí de profesor de música. Víctor me recogería a las diez y media de ese día en la Facultad donde yo impartía un curso de doctorado desde las 9 de la mañana.

Todo se produjo como se había concertado, según lo previsto. Tras la descomposición de vientre consecutiva del poeta, el cantaor y el guitarrista, ante una exacerbada ostentación de ruidos sincronizados al abrirse y cerrarse tras de los pasos, -pisándote los talones como quien dice- llegó el momento inquietante, temido y deseado, de la representación. Yo abría el programa.

Nada más salir del recinto universitario y subirme en el coche de Víctor para bajar al centro penitenciario me empezó un cosquilleo, viejo conocido y no siempre salvador de los peligros que a la comunicación acecha, por la boca del estómago; una sensación considerada amiga después de tanto roce, de tanto trato como tenemos. Sabía, estaba persuadido, hombre de teatro, que podría tener problemas si no me hacía perdonar el aire de lechuguino recién vomitado del “coño su madre”.

El cosquilleo me avisaba del peligro de no atender las demandas de un público muy especial, con independencia de lo inocente que fuera. Era doloroso el cosquilleo, me llevó a considerar y a comprender lo raro de haber nacido con el vicio de destripar libros y, desde luego, no evitaba un semblante juguetero, la participación humorística y la jovialidad; no se notaba el cosquilleo. Y me decía: ¿por qué razón han de escucharme si no apelo a la vía afectiva? De manera obsesiva quería estar bien y que el regocijo surgiera desde muy interior. ¿Cómo conseguirlo?

⁵ La historia pequeña del poema me recuerda que lo escribí, mejor dicho lo memoricé, cuando a la urgencia de llegar al colegio del Ave-María de la Cuesta del Chapiz, había que sumar la preocupación por el posible correctivo si no llegabas a tiempo.

⁶ El dramaturgo Miguel Romero Esteo vivía entonces en Madrid de bohemio e infatigable escritor. Ejercía (para ganarse la vida) de crítico literario de “Nuevo Diario” cerrado por Franco, o Fraga, que ya no recuerdo bien quién de los dos mandaba en esto de la cultura. En la reseña se exploya largamente sobre este poema. Poema que también dió, traducido al inglés por Miguel Boot en “International Herald Tribune”. En “Camelamos Naquerar”, primer espectáculo del que soy autor, se usa musicado por Mario Maya. Diego Carrasco, “El Tate de Jerez”, sensibilidad de altura y de quilates rítmicos, le puso también música. Habría que recordar (y se hará llegado el momento) cómo Diego actuó de guitarrista, “El Piki” de palmero, en el disco de Tía Anica “La Piriñaca”, producido por Fernando Miranda para la RCA.

Quizás tuviera que emplear trucos teatrales nuevos y confesarles cosas que hasta entonces no había tenido que contar nunca para encontrar refugio. Y, de pronto, como ocurre en la iluminación de trascendencia milagrosa, se me vinieron al recurso sin pensarlo, unos días de fiesta, probablemente los primeros de los que guardo memoria. A mí me había gustado tanto aquella inusual y vigorosa alegría cercana durante tres o cuatro días que cuando la traca final llegó y dejó el eco de la ausencia, me sentí tan triste y abandonado que probé por mi cuenta y riesgo a retrotraerme al inusual esplendor pasado. Cogí un guitarra, un instrumento que encontré, y me puse a cantar acompañándome de él. No tardé en advertir que no tenía nada (cante) en la garganta, pero comprobé a aquella temprana edad, que hacer y cuadrar letras flamenco-populares no tenía mayores secretos para mí. Tanto marcó aquel momento, o infinitud, el agridulce de algunos sabores que funcionan y asoman al paladar concertados con el recuerdo.

Con el sucedido, el público entendió que el niño, o sea yo, había nacido ya con la manía de escribir libros y de estudiar y leer sin cuento, como otros pesados salen del vientre de sus madres con la manía del ritmo y del baile. Y me lo perdonaron. Me perdonaron (o sea, me entendieron) y me escucharon con un silencio casi reverencial, impresionante, interesados en la aventura de otro hombre, próximo, que puede interesarme, creo...

Después, "El Agujetas" hacía los impresionantes cantes antiguos de la familia, Víctor se me acercó e interrogativamente dijo:

-¿Ha visto usted qué silencio?

-Pues eso, que no entiendo el murmullo que hay.

-No; me refiero al silencio con que lo escuchaban.

Como vio mi cara de incompreensión siguió diciendo entrecortadamente, pues, creo yo, no sabía, no estaba muy seguro, si me debía o no la aclaración:

-Verá, en la prisión hay diferentes módulos, de los cuales el único común es el dedicado a actividades extrapenitenciarias, y aprovechan las reuniones culturales para comunicarse, ya que tienen únicamente esta oportunidad. Y hablan de la familia, de los amigos, de sus cosas. No es que no estén escuchando el cante, sino que a la vez se hablan entre ellos. Lo raro es el silencio sepulcral con que han escuchado sus poemas.

Yo naturalmente, entre el alborozo interior de triunfo, quiero pensar que no se tradujo en gesto alguno, reviví el poder inmenso de la lengua y no sé si con acierto, aunque un poco arrogante, o importuno, ahora que lo pienso, me pareció estar:

-Entenderás ahora los distintos niveles lingüísticos y el poder que la lengua puede alcanzar. Si hubiera hablado en el curso de doctorado como aquí, hubiera sido inadecuado tanto como si aquí hubiera naquerado⁷ como allí.

Me refería al tono y no al contenido, que pudiera, en el fondo, no ser tan desigual. ¿Es el tono lo que dota al poema de una emoción especial y al poeta soñado, el amante ideal, de una insospechada altura de vuelo a la que ningún azor, o ave, puede alcanzar por mucho que lo entrene el cetrero?

El suburbio aquel ¿dónde estaba?

Mi nacimiento dilatado a la poesía se produjo en la década de los años sesenta, siendo 1965 el año de la suscripción a la revista mensual "Poesía española", que dirigía José García Nieto y de la lectura de la "Antología de la

⁷ Participio del verbo naquerar que significa hablar.

poesía social” de Leopoldo de Luis, dos publicaciones decisivas en mi nacimiento.

En el año 1968 aparecieron en Granada dos revistas poéticas. En cada una de ellas publiqué un poema, los primeros. En el año 1973 sale en Málaga mi libro *Penar ocono*, pero a aquella altura del tiempo ya estaba, sin ápice de duda, persuadido de lo que quería ser de mayor.

Esta brecha tuvo lugar en el suburbio cultural de la dictadura. Nadie vivía ajeno a la falta de libertad y de medios que aquejaba al país entero: un páramo lleno de reptiles acechadores. Todo olía a carencia embrutecida, a sangre reciente y a violencia. El suburbio tenía tacto vital durante las fugaces primaveras nada más; se subían las mozas en altos tacones de charol y formaban un remolino de admiración inevitable entre los jóvenes todos y entre algunos viejos motejados de verdes. Pronto se olvidaba la suavidad de la vida en el túnel difícil de la supervivencia.

Europa se había convertido en un hervidero de falsarios, escondiendo sus rostros picados de viruela, y el suburbio de la España de la primera posguerra mostraba los surcos del dolor y la carencia en coplas y espectáculos callejeros.

Yo, desde donde hablo, no recuerdo bien los “años del hambre”; el suburbio cultural de la España de los primeros años sesenta sí que lo recuerdo como un turbión de cosa ausente, no necesitada de descripción, por reciente.

El suburbio, un espacio amplio, pero sórdido e indigente, la península Ibérica (la dictadura portuguesa no parece menos consistente que la española) era un descampado de libertad y de respeto; el desprecio del plan Marshall en la película célebre y justamente celebrada de Berlanga, con la voz y la presencia inagotable de Pepe Isbert, se convirtió en la imagen viva de aquel suburbio de la infancia, despreciado por la democracia.

Pocos quieren nacer “chingo pelado”, sin posibilidades sociales, técnicamente minusválidos, acuciados por una lengua familiar demasiado apegada a la utilidad del momento, pero, aunque raro, ocurre a veces no sin consecuencias para amigos y gente cercana. Al poeta lo oficioso, creo, no le viene nada bien.

“No le pegues al niño en la cabeza que está estudiando”, se decía, y no se intimidaba a nadie en el uso de la violencia contra la infancia. “La letra con sangre entra” y “quien bien te quiera te hará llorar”, junto a “haz lo que yo te diga, pero no hagas lo que yo hago”, eran frases de ostentación para los mayores investidos, por sólo serlo, de autoridad. Una autoridad mostrenca y escuálida, aplicada con saña a la infancia.

Lo raro, por qué no decirlo, es que se me entendiera, hace unos años, por aquel público carcelario. Admitir el valor de alguien no es fácil. Las autodefensas se actúan y se acaba defendiendo lo contrario de lo pretendido con tal de no admitir la brillantez del contendiente verbal. A veces me siento líricamente impelido a la soledad: bla, bla, bla. Salí de la cárcel lleno de regalos; un Camarón de terracota y un bordado recrean el salón de mi casa.

Otras veces la tristeza invade los recintos interiores. La comunicación individual se llena de meandros caprichosos e imprevisibles. La tarde resulta verdaderamente insoportable. Te recreas en los charcos de la pena. Y el poeta vuelve a su taller donde la tarde ardía: *a caballo va el poeta, / qué tranquilidad violeta*, escribía Juan Ramón Jiménez en un poema que por entonces leía.

Si los dos hijos y sus mujeres no hubieran vencido esta manía de tradición existencialista, quedaría, no obstante, medir los abismos de la sociedad, profundos y cortantes, llenos de aristas como cuchillos. Pero los cuatro, unos más y otros menos son escasamente maniáticos.

cos (aunque tengan sus problemas individuales y de pareja, que no lo sé) no como la madre y quien les habla.

El año 1965 resultó muy favorable, líricamente hablando. Conocí a un poeta de Lanjarón con obra publicada: Don Juan Gutiérrez Padial; era beneficiado (cantor del coro) catedralicio y capellán en el hospital del Refugio cuando empezaba (Don Valentín Ruiz Aznar iba y no iba, estaba enfermo, qué sé yo) como organista Don Juan Alfonso

García, y en Manolo Sánchez se reconocía a un sagaz editor.

Como se ve por lo contado, hasta ahora he vivido el protagonismo poético durante el último tercio del siglo XX. Y quisiera hablar.

24 de mayo de 2005



José Heredia Maya

Escritor, poeta y dramaturgo.

Profesor de literatura española en la Universidad de Granada